

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 63
Colombia: Literatura, Política y Violencia

Article 27

2006

Los gatos del mediterráneo

Arturo Alape

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Alape, Arturo (Primavera-Otoño 2006) "Los gatos del mediterráneo," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 63, Article 27.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss63/27>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LOS GATOS DEL MEDITERRANEO

El mar es la memoria juguetona que viene de pronto apacible y regresa incierta en busca de su propia profundidad. Recorrido que pareciera empujado por el azar y no por una necesidad vital del retorno. El mismo mar disfrazado de otro mar, como suele venir la memoria con sus máscaras para confundirnos y jugar con nosotros y hacernos creer, que los recuerdos dejaron de existir, se perdieron en el tiempo y transfiguraron sus rostros, con el cansancio de quienes nunca fueron llamados a comparecer en la intimidad del espejo para continuar la vieja conversación. Constatación de que un día fueron recuerdos vivos y por lo tanto hombre. Pero es un simple juego de la memoria en que el tiempo en su prisión, deja escurrir gotas de sudor y como un gato desperezándose, lame en su piel imágenes difusas que con un poco de paciencia, se vuelven realidades que respiran hondamente, en “luminosos bloques de percepción que proporcionan a la memoria un resbaladizo asidero...”, asidero de rocas cubiertas de lamas cuando se está frente a un mar picado.

El mar entonces, es para mí el anhelado regreso a esas imágenes que yacen en la memoria y están dispuestas a dar el salto en el tiempo, cuando escuchan mi llamado. Llamado no siempre impregnado por la alegría pasajera, quizás también, acompañado por el dolor de la ausencia agazapada en la sombra de nuestras espaldas. Es el llamado que hago inconsciente en este mismo instante, cuando estoy en la bahía a las siete de la mañana embelesado viendo el mar Mediterráneo, que intenta levantarse en sus olas para chocar contra sus orillas de rocas bien cimentadas. Un mar picado, pero no un mar que asusta a pesar de las lluvias de un invierno que no ha cesado en los últimos días. Son aguas de mar gris rocoso agrietado por el tiempo.

Anoche había llegado a Cadaqués en medio de un chubasco que puso a tiritar mi cuerpo por el frío envolvente. De camino, en la subida y bajada de la carretera para llegar a la población, la niebla cerrándose nos daba la bienvenida como una inmensa cortina teatral, que se levantaba en huida y volvía a enceguernos para dejarnos momentáneamente en la oscuridad. Anoche acompañado de la lluvia, caminé la bahía. El dueño del hotel me

mostró el recorrido en un mapa y para mi asombro me dijo, “no se preocupe, no es mucho lo que tendrá que caminar. Son tres o cuatro cuadras en esta dirección y en pocos minutos llegará al puente de la bahía. Cadaqués se recorre con los pasos de las manos...”

La lluvia no cesaba. Y me dio la impresión de que el mar había inundado al poblado. Era una simple sugestión, con la lluvia, las aguas que vienen de la montaña inundan las calles y forman diversos canales y mansamente, las aguas llegan al mar. En un café, inmediato a la bahía, escuché a un hombre decirle a otro con toda tranquilidad en su rostro: “Si vuelves a frecuentar a mi mujer, te mato. Hoy como fue la primera vez que lo hiciste, te la perdono...”, mientras yo tomaba un *cortado* para espantar el frío. Una hora después, el hombre abrazado a sí mismo, soltaba una inmensa carcajada solitaria. En la habitación del hotel, intenté dormir acompañado con el vozarrón atronador de un fuerte aguacero.

Me levanté temprano para recorrer la bahía. Al llegar al sitio cercano a un hotel que cierra el paso y el mar emerge como si quisiera despertar de un sueño ambiguo, me quedé embebido en sus límites; esa visión hermosa y dramática que me subyugó, me regresó de inmediato a una imagen perdida en la memoria. Todos los mares me recuerdan al mar de La Habana. Imposible olvidar la imagen de un mar que en los meses de diciembre – estoy en Cadaqués a mitad de diciembre – vuela en sus olas para enfrentar el Malecón y continuar el vuelo feroz que inunda la avenida y las calles siguientes. Es la endemoniada fuerza que se desencadena y se genera en los llamados nortes. Son olas que vienen de frente y se levantan en choque como si miles de manos palmotearan el peor de los desagravios, y ese golpe brutal siembra escarchas de temor lejano en la piel de cualquier hombre. Por toda la avenida del Malecón las olas hacen sentir su voz, eco multiplicado y quejumbroso que vomita intensas aguas brillantes de escamas, manso el eco vuelve al vientre con un susurro que canta la tristeza cuando se despiden. El mar de La Habana como si fuera un caracol fosilizado, no se desprende de mi memoria, con sus amarras flotando en barco fantasma, continúa acorralado en el mismo sitio, oleadas de pájaros se pierden en el ocaso del crepúsculo.

Busco una salida para continuar por la bahía, y por una casualidad, me encuentro con una sorpresa: a mis espaldas hay un sitio con un aviso pintado en un pedazo de madera: “Bar La Habana”. Pienso que ha sido una trampa que me ha tendido mi memoria. O simplemente la fuerza de un albur que trae para mí un mensaje oculto y lógicamente quiero descifrarlo. Indago por el sitio y a esa hora está cerrado. Por una nueva casualidad, en una calle estrecha y empedrada, encuentro a una mujer mayor y le pregunto por el sitio: “Hace mucho tiempo que funciona. Lo fundó un muchacho que estuvo en La Habana, se enamoró de esa ciudad y trajo su nombre en el corazón. Si quiere venga por la noche. Se abre a las diez de la noche. El dueño cantará como todos los días, música cubana y tangos...”

No me dejo dominar por la emoción de esa hermosa casualidad que une recuerdos lejanos y una realidad que existe dentro de aquel Bar llamado La Habana. Tantos bares en La Habana en la semipenumbra que ocultan cuerpos ansiosos de enlaces definitivos. Camino de nuevo por una pequeña carretera abierta de piedras que me permite transitar por la bahía y agudas y grandes rocas como guardianes detienen mi paso. Alguien me había advertido que son los cruces de los hoteles, que aprovechando la estructura física de la naturaleza, construyen sus dominios. Entre el vozarrón del viento escuché el aullido de un gato blanco y de su figura vi como se desprendían por lo menos, treinta gatos más: negros, blancos, pardos, cenizos. En manada, hambrientos se me vienen encima. Yo detengo los pasos, ellos sorprendidos y temerosos, detienen los suyos. Me quedo paralizado por la sorpresa y maullando, ya menos tensionados los gatos me dan la bienvenida. Se quedan quietos tan sorprendidos como yo, a la espera de comida. Quiero tomar una foto, prendo el flash, los miro despacio para encuadrarlos, disparo el clic y con la fuerte luz se espantan. De la manada quedan tres, curiosos con la mirada quieta, hipnotizados, los bigotes en movimiento, relamiéndose las lenguas. Camino, un gato camina, voltea la cabeza y lelo me espera. Otro se esconde entre las rocas de las paredes y a medio cuerpo mira con sus ojos iluminados por el gris de la mañana. Un tercero, regordete color amarillo quemado y pintas negras en espirales, más adelante gira la cabeza, confiado enrosca la enorme cola y mira las rocas húmedas que dan contra el mar y hace una leve flexión para dar un salto. Salta premeditadamente al escuchar mis pasos y se pierde con la imagen del mar que levanta las olas y el mar se lo lleva en sus brazos cuando las olas vuelven a ser un remanso de quietud que apenas flota.

Al regreso los dos gatos no se desprenden de mi paso como si estuvieran detrás de la sombra de una ausencia. Entonces, decido volver la mirada sobre el mar que ondulante en secuencias grises y blancas, navega sobre aguas conocidas. La memoria se abre en todos sus pliegues y camino por el Malecón de La Habana, voy abrazado al cuerpo de Esmérita, cuando compartimos el cansancio que ha dejado en nosotros el placer, después de largas horas de hacer el amor, en una posada cercana al túnel de la Quinta Avenida. Es la una de la mañana. La Habana parece ensimismada ante su propio silencio que genera la media luz de sus calles. Ella insiste en que caminemos por el Malecón. Le digo, “nos vamos a mojar, el mar está embravecido” “Es el descanso que necesito, para que tú sigas metido en mi cuerpo...” Suelta una sonora carcajada. Me abraza y pasamos la avenida. Ella vuelva a sus tiempos de niña, quiere caminar por los bordes del Malecón como si estuviera caminando por los rieles de la carrilera del tren... “Te vas a mojar...” “Quiero jugar a las escondidas”. Caminé alegre por el borde, y cuando aparecía el vozarrón de la ola que venía en camino, ella se lanzaba en mi busca y los dos corríamos huyendo. Luego me pidió que le diera la

mano y su mano me anunciaba con un fuerte apretón, cuando la ola venía cerca de su respiración. En su cuerpo, presentía la cercanía de las olas y ella saltaba y nos escondíamos detrás del muro. Las olas pasaban por encima de nosotros como un alud de tierra y caían sobre la avenida, esparcidas en pequeños riachuelos de espumas. Después yo me subí sobre el muro y ella me daba la mano para continuar nuestro juego de las escondidas. Ella no cesaba de reír.

Ahora la veo de nuevo en el borde del Malecón, su cuerpo empapado deja translucir sus hermosas formas. Explaya sus brazos, lenta y teatrera se despereza, respira hondamente, sus manos acarician sus brazos y los senos se endurecen y cuando las manos se pasean por su pelvis, mueve el cuerpo al compás de un endemoniado ritmo interior. Se baila así misma, danza a espaldas de un mar embravecido. Acezando se detiene un poco, dobla las rodillas y respira hondamente para sacar todo el aire de su estómago y levanta los hombros, sus brazos se pierden entre las rodillas y su cabeza se sumerge entre su sexo nuevamente despierto, que abre su boca húmeda, ávido, Esmérita oவில்lo humano, caracol perfecto, silencioso. Crecen las olas, chocan contra el Malecón, levantan su fugacidad, se explayan en el aire y las aguas corren por la avenida, van y vienen casi que subterráneas en medio de la oscuridad de la avenida. Las aguas destellan al paso de la luz de los pocos autos que corren por la avenida.

Esmérita parece despertar de un profundo sueño, se despereza, se levanta y muy silenciosa viene hacia mí, me abraza y siento su calor que me abrume. Caminamos sin importarnos la humedad de nuestros cuerpos, ya no intentamos huir del choque, el ruido y los golpes bruscos de las olas, caminamos abrazados, las palabras se alejaron de nuestros labios. Luego, apremiada por un sobresalto de su piel, me habla en susurros como si no quisiera que sus palabras salieran de su boca: "Sabes, el mar me sobrecoge y me incita, entonces me dejo arrastrar por su tibieza profunda para abrazarme a su calor. Siento que mi cuerpo cabalga, va y regresa al vaivén de sus aguas y nunca se pierde..." Se anuda a mí y gime, llora silenciosamente.

Somos la misma humedad olorosa a sal que no se desprende de nosotros, ceniza de piel aperlada. Ella le da libertad a sus manos y sus dedos me cubren la espalda de masajes, de los hombros hasta la cintura y vibro en el reconocimiento de las líneas de sus palmas. Sus manos buscan las entrepiernas y se vuelven canoa para mi miembro, murmura alientos y sus palabras son un quejido que pide clemencia al tiempo para que no eclusione y espere maniatado al ritmo de sus manos y al sonido de esa voz solitaria que yace en lo profundo del mar, en el fondo de un pequeño caracol que desea volver a caminar el mundo.

Quiero retenerla, cuando estamos al frente del hotel Habana Riviera. Ella juega y huye de los nudos ansiosos de mis brazos. "¿Te veo mañana? El martes viajo en la tarde..." No deshiela el silencio. Me mira con esa

mirada que cuelga de los ojos de un pez a punto de ser atrapado por manos aviesas. Premonición de agonía o quizás el adiós que hiere y cicatriza la inmediata huida en la despedida de ambivalencias fortuitas. "No todos los días son el mismo año...", exclama indecisa y a la vez segura. Corre para refugiarse en la oscuridad de La Habana en la madrugada. Juega el mar con los gigantescos nudos de serpientes que entrelazados se deshacen en sus lomos al chocar contra los muros de concreto del Malecón, destellos de aguas que dibujan bandadas de pájaros que presienten el final del viaje. Esmérita huye entre la lluvia de mar que no cesa en su largo viaje de avatares.

En Cadaqués, dejo la imagen atrapada en el aire de un regordete gato amarillo quemado, con una enorme cola enroscada por el anzuelo de la memoria que todo lo atrapa. Ansiosas las aguas del Mediterráneo esperan la caída de aquella imagen que tiene coraza y refugio en otras huellas ya andadas. Dejo el mar que nunca huye de la mirada que lo persigue.